



Las tierras que configuran ese espacio pirenaico que llamamos Altoaragón fueron en la más remota antigüedad un lugar de paso, un territorio en donde el ir y venir de civilizaciones conformó un modo particular de ver y entender el mundo que les rodeaba, siempre levantado sobre la realidad de una geografía difícil, en la que el vivir era sobrevivir. El ganado, que permitía hacer frente al frío y que aseguraba una alimentación básica, fue el motor económico de estas gentes que pronto entendieron que esa agreste naturaleza merecía ser reverenciada y contentada. Lo que nació como un seguro de pervivencia, pronto se convirtió en una visión religiosa, que partía de las fuerzas de la naturaleza y concluía en el enigma de la muerte. Y esa visión religiosa -anclada en saberes arcaicos y en tradiciones bélicas- acabó siendo la gran preocupación de una nueva cultura que se extendía de la mano de los soldados romanos que surcaban estos caminos.

Catedral de Jaca

El mundo del Románico

9